

La Maestría Silenciosa: Maestras artesanas en la Barcelona de la primera mitad del siglo XIX*

The Silent Mastery: Artisan Women in mid-nineteenth Century Barcelona.

Juanjo Romero Marín

Universidad de Barcelona

Recibido el 14 de marzo de 1997.

Aceptado el 4 de junio de 1997.

BIBLID [1134-6396(1997)4:2; 275-294]

RESUMEN

El tema principal de estudio es el papel desempeñado por las maestras artesanas, aquellas mujeres que tuvieron a su cargo la dirección de talleres de tipo preindustrial en la ciudad de Barcelona durante los inicios de la industrialización. Para ello es recurrir al análisis del grupo familiar ya que el enfoque individual, lejos de permitir la aprehensión de la realidad de este mundo artesanal, rompe con su unidad. Finalmente, se propone una reinterpretación del concepto de cualificación en el trabajo a la luz de las particularidades propias del entorno menestral y del papel femenino en el proyecto de independencia artesano.

Palabras clave: Artesano. Barcelona. Cualificación. Dote. Especialización. Familia. Hogar. Industria. Maestría. Manufactura. Mujeres. Oficio. Parentesco. Preindustrial. Profesión. Taller. Trabajo Femenino. XIX.

ABSTRACT

The main concern of the present work is about the master artisan women's role, that women who managed pre-industrial workshops at Barcelona city during the eve of the industrialization. In order to reach better approach it will be based on familiar groups analysis, better than on individual subjects that do not allow to get the whole artisan world. Finally, is proposed a new interpretation about the concept of work skill based on the specific particularities of this artisanal cosmos and the women's role in the artisan independence project.

Key words: Artisan. Barcelona. Craft. Dowry. Family. Household. Industry. Kinship. Mastery. Manufacture. Preindustrial. Profession. Skill. Women's work. Workshop. 19th.

SUMARIO

1.—Maestras artesanas y taller. La indefinición producción/reproducción. 2.—Maestras Artesanas: su especificidad laboral. 3.—La Maestría Silenciosa. Género y cualificación.

* Este trabajo forma parte de un extenso estudio sobre el mundo de los maestros artesanos urbanos durante la Revolución Liberal

El mundo de los oficios cualificados preindustriales fue un cosmos tachado de masculino en el cual las profesiones eran ejercidas por hombres. Sin embargo, la realidad era más rica. La cualificación más que sustentarse sobre individuos se asentaba sobre linajes, clanes o grupos familiares. Profesión y familia estaban estrechamente ligados. Los oficios se transmitían legalmente entre varones, pero no así los pequeños talleres en los que muchas mujeres ejercieron como amas y maestras. Allí donde la descendencia masculina no existía eran las hijas las que propagaban el oficio a los nietos de los maestros. De esta forma, para comprender el mundo artesanal es más adecuado partir del análisis de estrategias familiares que del de trayectorias individuales, no sólo en lo que atañe al papel de la mujer sino al de todos los individuos involucrados. Algo tan básico en este mundo como era la elección de un oficio venía condicionada por una *política* familiar. La mayor parte de los artesanos iniciaban su carrera profesional como aprendices. A esa temprana edad es difícil asumir que se tratara de una opción personal y no del producto de una decisión familiar —del *pater familias*. Superar esta perspectiva analítica individualista permite observar, entre otras cosas, que el papel femenino en los oficios estuvo lejos de ser accidental, como tradicionalmente se ha supuesto, formando parte fundamental del engranaje del mundo de las artes preindustriales.

Otro inconveniente presentado por el enfoque individual es que, implícitamente, reconoce como motor de las decisiones vitales la denominada *opción racional*. Las acciones individuales son producto de elecciones económicas y con sentido económico, sentido que se reduce a cálculos contables de coste-beneficio (o *imput-output*). Dicha metodología peca de ahistórica o, como afirma Charles Tilly, de antihistórica¹. En la época y lugar aquí estudiados el individualismo liberal no era hegemónico: todavía los parámetros sociales gozaban de una importante carga comunitaria y simbólica. Y lo que es más, las estructuras sociales estaban fuertemente impregnadas de relaciones jerarquizadas —principalmente de patronazgo— en las que la subordinación de la artesana representaba una más entre otras y como tal estaba integrada en las regulaciones del grupo de oficio en función de los intereses, no necesariamente económicos, de ese grupo. Del mismo modo, comienza a ser revisado el enfoque economicista según el cual el cambio social —incluida la estructura familiar— está determinado por lo “económico”². En el mundo del artesanado barcelonés del siglo XIX la liberalización y *modernización*, que conllevaron las revoluciones liberal e industrial, dieron origen a la reor-

1. TILLY, Ch.: “Prisioneros del Estado”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 133, sep. 1992, UNESCO, pp. 356.

2. DUPREE, M.: *Family Structure in the Staffordshire Potteries, 1840-1860*, Clarendon Press, Oxford, 1995, pp. 6.

ganización de las relaciones entre artesanos. Pero ésta se desarrolló en sentido contrario a la individualización promovida por el nuevo modelo socioeconómico creando una más tupida y cerrada red familiar. La estructura familiar respondió a los cambios sociales de forma activa y no como simple receptor de la dinámica económica. En este sentido, un aspecto tan relevante como era la dote de las artesanas, por citar un ejemplo, quedaría muy desdibujado al ser analizado en términos netamente económicos. Estas dotes encajaban en esa redefinición de las relaciones del grupo de oficio en un periodo de amenaza a su supervivencia constituyéndose en otra fórmula más de preservación del agregado familiar/profesional.

El *leit motiv* del mundo artesano era la independencia del taller/hogar. Los maestros artesanos no tenían entre sus objetivos la acumulación ilimitada de medios de producción, ni la expansión de sus productos en mercados lejanos y desconocidos. Por el contrario, el ideario de cualquier menestral —y así se intuye a través del *curriculum profesional* establecido— era la adquisición de una destreza y de unos conocimientos que le permitiesen establecerse de forma independiente³. Este fin vital no era una meta individual sino que incumbía a todo el grupo familiar que, por entonces, no se limitaba al restringido cingulo de la familia nuclear. El proyecto de autonomía a través del oficio pasaba a ser un proyecto grupal y, por tanto, afectaba y obligaba a todo el grupo⁴. No obstante, esta independencia debe ser matizada: el taller/hogar buscaba su autonomía respecto a las fuerzas ajenas al oficio/familia pero en ningún momento aspiraba a su separación del grupo de parentesco. Es en este contexto de lucha por la autonomía artesanal en el que el papel de las mujeres tuvo una relevancia fundamental y no sólo como colaboradoras del esposo-maestro⁵. Mediante una carrera profesional *oculta*, no reglada por las normas del oficio, pero al amparo del grupo familiar/profesional, las artesanas adquirirían los conocimientos productivos y de gestión necesarios para la dirección del taller artesano. Este es el proceso al que denomino *maestría silenciosa*.

3. Una descripción más detallada y poética de este mundo de los pequeños hombrecillos, como el autor les denomina, se halla en; HOBBSAWM, E. J.: *El Mundo del Trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la Clase Obrera*, Ed. Crítica, Barcelona, 1987, pp. 29.

4. Existen autores que consideran que el artesano estaba más vinculado a su gremio que al grupo familiar, cf. EHMER, J. G.: "The artisan family in the nineteenth century Austria: Embourgeoisement of the Petite Bourgeoisie?", en CROSSICK, G.; HAUPT, H.: *Shopkeepers and Masters. Artisans in the nineteenth century Europe*, Methuen & Co., London, 1984, pp. 199. Sin embargo, en la Barcelona decimonónica cada vez va a ser más difícil distinguir entre gremio/oficio y familia.

5. DAVIDOFF, L.; HALL, C.: *Fortunas familiares*, Ed. Cátedra, Madrid, 1994, pp. 9. En opinión de estas autoras parte del éxito social de la pequeña burguesía británica fue debido a las actitudes y capacidad de establecer vínculos de sus esposas.

Partiendo de estas premisas el texto que continua desarrollará tres aspectos significativos en torno a estas maestras artesanas: su relación con el taller como *hábitat* en el que se desenvuelve un modelo específico de inserción laboral femenina —que pasaba necesariamente por esa *maestría silenciosa*—. A continuación, se presentará un análisis del papel femenino en el proyecto de independencia artesana, para terminar con una breve reflexión sobre el debate en torno a la relación entre cualificación laboral y género.

1.—*Maestras artesanas y taller. La indefinición producción/reproducción*

Qué mejor que comenzar con una aproximación a estas mujeres, a su ciclo vital. Nacían en el seno del taller y desde su infancia compartían las ocupaciones y preocupaciones familiares. Su actividad laboral se iniciaba en la niñez, compaginando tareas productivas en el taller —al modo de los aprendices— con labores doméstico/familiares. De esta forma, las muchachas adquirían un curriculum oculto accediendo, por ser hijas del oficio, a los conocimientos específicos de la profesión familiar. Estos saberes no se limitaban al trabajo manual sino que incluían también los aspectos relativos a la gestión del taller. Llegadas a su madurez acostumbraban a casarse con individuos del mismo oficio paterno dando así continuidad al hogar/taller en que crecieron. Abandonaban entonces su casa natal —salvo que la familia careciese de herederos varones— para integrarse en un espacio familiar/productivo gemelo al paterno incluida la estructura *patriarcal* en la cual maestro y *pater familias* eran una misma figura. De este modo, estas mujeres al casarse daban continuidad a las mismas actividades laborales que realizaban desde su niñez. La maestría silenciosa que habían adquirido al amparo del hogar/taller paterno y conyugal se materIALIZABA llegada la viudez —momento especialmente arriesgado en el periplo vital de las artesanas—⁶ cuando estas maestras se hacían cargo de la administración de los talleres.

Para entender mejor este particular currículo femenino convendría recordar la especificidad del taller artesano. Se trataba de un ente distinto de las nacientes factorías industriales de la época e incluso de los pequeños operatorios actuales, tanto por su tamaño como por su estructura. En los pequeños talleres de la Barcelona decimonónica los artesanos y sus familias trabajaban y convivían en un mismo espacio. El modelo profesional establecido en estas

6. Hay que recordar que hasta tiempos recientes las viudas constituían el hogar típicamente pobre en Europa, cf. WOOLF, S.: *Los pobres en la Europa Moderna*, Ed. Crítica, Barcelona, 1989, pp. 189. Aplicado al caso de Cataluña, cf. CAMPS, E.: "Capital comercial i treball industrial: les estratègies familiars durant la transició al sistema fabril", en BENAUL, J. M.; CALVET, J.; DEU, E. (Eds.): *Indústria i Ciutat. Sabadell, 1800-1980*, Barcelona, 1994, pp. 179.

pequeñas casas/fábrica tendía a confundir ambos ámbitos: el productivo y el doméstico. Tal vez, el ejemplo que mejor plasme esa *confusión* entre esferas distintas lo ofrezca la figura del aprendiz. Los aprendices no sólo eran trabajadores sino que debían residir en la casa de sus maestros de los cuales recibían su manutención. Estos muchachos tenían entre sus deberes los referidos a tareas productivas y también labores domésticas —tales como el barrido de la casa/taller o la calle adyacente y como recaderos del taller lo eran también de la casa— y así se recogía en sus *contratos* bajo el epígrafe: *servint a ell* [al maestro] y *'sa familia* ⁷. En muchos casos la admisión de aprendices en los hogares se correspondía con los periodos en que las maestras estaban criando a sus hijos y, por tanto, no podían hacerse cargo de sus labores productivas ⁸. De esta forma, el aprendiz en sus primeros años suplía la falta de la mano de obra femenina tanto en las tareas productivas como en muchas de las ocupaciones domésticas ⁹. Esto ayuda a comprender el hecho de que el aprendizaje se mantuviese como fórmula básica de reclutamiento del artesanado incluso después de la abolición de los gremios.

En otros casos, particularmente en los oficios de la confección, el trabajo *industrial* invadía el hogar de los menestrales implicando a todos los miembros femeninos de la familia. A continuación se expone toda una gama de posibilidades de trabajo femenino/familiar en dicho sector.

“Citado ante el cuerpo municipal Antonio Gorina a instancia de los cónsules del gremio de bordadores, se le hicieron cargos porque en su casa se trabajaban bordados peculiares al gremio. Contesta el interesado que su oficio de sastre le proporcionaba el hacer empresas de vestuario cuyos bordados hacen sus hijas en su misma casa, y que en el caso de tener trabajo para proporcionarlo a otros prefería darlo a sus hijas. Reconvenido N.

7. Tomado de la escritura de aprendizaje del carpintero Manuel Torrent. 1842, manual del notario Lafont, R.: fol. 221 ss. Archivo Histórico de Protocolos (en adelante AHPB).

8. La constatación de este fenómeno resulta de gran complejidad ya que tan sólo puede detectarse mediante el cruce de los datos de contratación de aprendices por parte de un maestro con los de nacimiento de sus hijos. En el estado actual de las fuentes —carencia de registros de aprendices— tal seguimiento es poco menos que imposible. No obstante, unos pocos casos tomados de los libros de aprendices cerrajeros contrastados con los escasos ejemplos en que me ha sido posible determinar la edad (fecha de nacimiento) de los hijos de algunos maestros, parecen mostrar la existencia de dicha práctica. Un ejemplo es el del maestro cerrajero Agustín Florit cuyo hijo Rafael nació en 1815 fecha en que Agustín tomó su primer aprendiz. El libro de aprendices de cerrajeros se encuentra en el Fondo Corporativo-Gremial. Sección Particular, libro 10/74. Archivo Histórico Municipal de Barcelona (en adelante AHMB).

9. Ello dio lugar, no pocas veces, a las protestas de algunos aprendices por estar sujetos a labores propias de una criada. 1833, Fondo Corporativo-Gremial. Sección Junta de Comercio. Caja 15, leg. 1. AHMB.

Sevilla por el mismo motivo contestó que su oficio era el de tejedor de velos, y que en tal concepto nada entendía de bordados (...) que era verdad que sus hijas trabajaban bordados (...) dijo a más el convenido que cuando los maestros bordadores hacían alguna empresa se valían de mujeres para hacer los bordados, lo que tampoco fue contradicho: Igual cargo se hizo a Rosa Pujol, la que expuso: que siendo libre la industria y permitido a las mujeres ejercerla según alguna Rl. Orden que tenía presentido existía y hallándose convenida ser viuda y con hijas se dedicaba a esta clase de trabajo para ganar (...) Fca. Fernández, la cual manifestó que en atención a que su marido no ganaba lo suficiente para alimentar a la familia, ella por su parte se industriaba bordando (...) Juan Robira, el cual dijo que él no hacía bordado alguno que lo hacían sus hijas, y que cuando éstas no podían ejecutar la obra por ser mucha buscaba a otras que lo hiciesen en su casa ¹⁰.”

Trabajo y hogar, en este mundo preindustrial estaban fuertemente vinculados y la industrialización no rompió con dicho modelo. La mecanización de un sólo sector productivo —el textil algodonero—, y de uno sólo de sus procesos —el hilado— favoreció la extensión del trabajo doméstico —tejido manual— por toda la ciudad potenciando los lazos entre hogar y taller en lugar de debilitarlos ¹¹. En este sentido, el mundo de los oficios entró en una dinámica contraria a la burguesa. Los industriales estaban inmersos en un proceso de ruptura entre producción y reproducción, levantando enormes fábricas en las cuales ya no residían. Por su parte, los artesanos retenían aún la indefinición entre trabajo y vida, entre hogar y taller. Dicho de otra forma, el mundo de los oficios todavía no había entrado en las corrientes de *racionalización económica* descritos por Max Weber ¹².

Esta superposición de espacios (o de *tiempos*) en el mundo menestral se debía a la fuerte relación existente entre oficio, patrimonio y familia, relación que se reforzará tras la prohibición de los gremios en 1834. Si durante las dos últimas décadas de legalidad gremial la proporción de maestros propietarios de talleres pertenecientes a algún linaje profesional era de algo menos del 20 por cien, en 1838 y 1860 los menestrales con obrador propio miembros de

10. 1836. Fondo Corporativo-Gremial. Sección Junta de Comercio. Caja 41, leg. 8. AHMB.

11. Todavía en 1856 el número de tejedores de algodón a domicilio (manuales) era alto. CERDA, I.: “Monografía Estadística de la Clase Obrera de Barcelona en 1856”, en *Teoría General de la Urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la Reforma y Ensanche de Barcelona* (facsimilar), Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1968, 3 vols. pp. 590 ss. Tomo II.

12. WEBER, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Ed. Península, Barcelona, 1992 (11ª). pp. 13. Para este autor el nacimiento del moderno capitalismo no pudo darse sin la separación de la economía doméstica de la comercial/industrial.



Tejedora. Joaquín Planella.

algún clan del oficio representaban algo más del 40 por cien¹³. Los curtidores en 1860 expresaron muy bien esa voluntad de unir *arte* y familia como estrategia de supervivencia:

“Nosotros por idénticos motivos debemos asegurar la conservación de dichos bienes, y procurar que no salgan de las familias de sus individuos por

13. Elaborado a partir de diversas fuentes fiscales y gremiales. Fondo Catastro. Secciones Industria y Comercio; y Contribuciones. “Contribución Extraordinaria de Guerra de 1823”; “Estadística de Prestamistas” s/f [1837]; “Déficit de Guerra de un 10 por ciento sobre la anualidad de 1838”; y “Contribución Industrial de 1860”. AHMB.

Convendría recordar aquí que la endogamia no parece que fuese una estrategia exclusiva del artesanado urbano sino que la misma burguesía barcelonesa también la practicó como base para sus relaciones sociales y económicas. Cf. McDONOUGH, G. W.: *Las buenas familias de Barcelona. Historia Social del poder en la era industrial*, Ed. Omega, Barcelona, 1989, pp. 98 y 204.

medio de un montepío, que tenga por lema: Beneficencia a favor de los pobres asociados, impedidos para el trabajo; fomento de la industria de la curtición en favor de los asociados principiantes; y que no tengan tenería propia ni alquilada; y socorros mutuos entre los enfermos de la misma asociación (...) la asociación se perpetuará por medio de los actuales maestros y de todos sus hijos curtidores (...) lo mismo se practicará con las hijas de maestro o socio, mientras en el acto de casarse satisfaga el marido curtidor la expresada cantidad [de ingreso]"¹⁴.

Este vínculo entre oficio y familia también rebasaba el marco del taller familiar. Es el caso del tejedor de velos Torrents que estaba casado con la hija de quien le proveía de materia prima¹⁵. O del maestro curtidor Salvador Compte y del oficial del mismo oficio Ramón Ancio que eran esposos de hijas de guanteros de Vic localidad de tradición peletera y con lazos comerciales con Barcelona en ese sector. Y ello sin mencionar los linajes extendidos por los oficios de la ciudad que se superponían más allá del reducido marco de un único taller¹⁶.

En los casos en que los maestros no tenían descendencia masculina la tendencia era evitar la destrucción del hogar/taller. Para ello se recurría a casar a las hijas con maestros más pobres o con oficiales que eran insertados en el hogar en condiciones subalternas. Un caso de hogar patrilocal —en concreto el de un maestro carpintero— que dejó constancia de su funcionamiento muestra sus características básicas:

"Declaro que los dichos cónyuges hija y yerno, María Ana y Magín junto con toda su familia han vivido siempre en mi casa haciendo todos una sola familia, habitación y mesa, bien que mi yerno ha trabajado siempre a mi utilidad y provecho: pero cuidando yo, y pagando toda la manutención de dichos cónyuges y sus hijos, de calzar y vestir a todos y enfermedad, y mensualidades de estudios y costuras"¹⁷.

No era un patrón excepcional, artesanos como el cordelero Severo Argemir Odena o el sastre Miguel Casanovas Almirall, ambos de los mayores contribuyentes entre el artesanado, ejecutaron la misma práctica. En el caso de Casanovas el contrato establecido con su yerno obligaba a trabajar a la hija

14. 1860, manual notario Rodríguez, P.: fol. 21 ss. AHPB.

15. 1837, manual notario Lafont, M.: fol. 281. AHPB.

16. Por citar sólo dos linajes: entre los curtidores el grupo familiar Alier-Creus-Cuadrada tuvo, en el periodo 1814-1860, 28 maestros en el oficio; entre los artesanos del metal férreo los Cristiá-Deop tuvieron, en el mismo periodo, 20 maestros dos de ellos mujeres que rigieron talleres (Bernardina y Margarita).

17. 1841, manual notario Rodríguez, P.: fol. 36. AHPB.

del propio Casanovas¹⁸. El objeto estaba claro la pervivencia del taller, hogar/taller, esta vez a través de un modelo familiar patrilocal.

La dote femenina jugaba un importante papel en este entramado familiar/productivo. Se convirtió en un arma esencial en la lucha artesana por la autonomía debido a la capacidad que ésta tenía de incrementarse y transmitirse a los herederos. A diferencia del modelo sajón de *venta de la mujer* —que implicaba la creación de un hogar neolocal independiente— la dote impedía la ruptura de la línea familiar¹⁹. En caso de divorcio debía ser retornada al grupo de parentesco de la mujer. En caso de muerte de ésta pasaba a sus hijos. En ningún momento la dote iba a manos del marido. Éste podía tener el usufructo de la misma pero tarde o temprano debía reintegrarla a su mujer o a sus hijos. La dote se convertía así un elemento fundamental para la creación del hogar/taller —modelo neolocal²⁰. Un buen ejemplo de esa aportación femenina a la creación del taller artesano nos lo ofrece una carpintería:

“José Rovira Viliella (...) y Cristina Ribas (...) consorte de Fco. Grau ausente hace algunos años, del que se ignora el paradero, aunque se piensa se halle en ultramar (...) que han convenido reunirse en sociedad a efecto de establecer un taller del oficio carpintería en una tienda o almacén dentro de la ciudad [calle Tarrós] por el tiempo de diez años (...) la razón de José Rovira y Cia. (...) capital (...) 200 duros que la expresada Cristina Ribas pone en moneda de oro y plata (...) a Rovira le servirá de capital su trabajo”²¹.

En 1843 el panadero Ramón Bou, integrante de la élite económica de este oficio —a juzgar por lo que pagó en las contribuciones y por su pertenencia a una sociedad de panaderos en la que sólo entraban los más afortunados— pudo establecer su horno gracias a las casi 2000 pesetas que su mujer aportó como dote. Era hijo de un panadero acomodado pero no pudo hacerse con la panadería paterna ya que ésta quedó en manos de su madre, Mariana, que

18. Dicho contrato se halla en 1845, manual notario Morelló, J.: fol. 27. AHPB. Existe un contrato similar entre suegro y yerno en el que se incluye el trabajo de la esposa (e hija). También se trata de una sastrería. Cf. 1857, manual notario Just, F.: fol. 287. AHPB.

19. CHACON, F.: “Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco”, en *Historia Social*, núm. 21, 1995. pp. 80.

20. CROSSICK, G.; HAUPT, H.: *The Petite Bourgeoisie in Europe, 1780-1914. Enterprise, Family and Independence*, Routledge, London, 1995. pp. 69.

21. 1854, manual notario Torras, M.: fol. 72 ss. AHPB. En dicha escritura, además se especifica que ambos socios vivirán en la casa-tienda *haciendo vida común*. Documento similar, pero en este caso de un taller de zapatería, abierto con las 540 pesetas de la dote de la esposa, cf. 1840 manual notario Morello, J.: fol. 98 ss. AHPB.

también figuraba en la sociedad de horneros antes citada²². Este último caso, de otra parte, pone en duda la dependencia de las maestras respecto de la existencia de varones en su familia: Mariana Bou no abandonó la dirección de la panadería heredada de su marido a pesar de que su hijo hubiera llegado a la maestría, manteniendo así su independencia respecto a los varones del grupo familiar. Otra prueba de la relevancia de la dote queda reflejada en el, aparentemente extravagante, hecho de que el montepío de maestros sastres tuviese como uno de sus principales objetos —amén de la previsión— la provisión de dotes para las hijas de todos los maestros²³.

La importancia de la dote no residía en el hecho de que pudiera constituirse en capital, capital inicial en este caso, sino justamente en lo contrario en su imposibilidad de entrar en los circuitos mercantiles. Como la define Laureano Busto el dinero de la dote es *dinero en depósito, depósito de valor para el porvenir, es una reserva de valor, que sirve para casos muy señalados*²⁴. Se trata de un valor —en dinero— que se retira del circuito de las mercancías, y la pervivencia de arcaísmos legales permitirá a lo largo del siglo su mantenimiento. Pero no sólo representaba valor atesorado sino que era también valor simbólico de prestigio y de su existencia y transmisión a las hijas dependería el futuro de los linajes artesanos. No es de extrañar, pues, que incluso en los círculos más pobres del artesanado (como en el caso citado de los sastres) se buscara la creación de estas dotes a pesar de ser una práctica *económicamente irracional* para unos agregados familiares carentes de grandes patrimonios.

En la ciudad de Barcelona, a los 26 de julio de 1856, sépase: que Félix Queraltó carpintero natural de Villafranca y Ana Tacias natural de Sitges, consortes, vecinos de esta ciudad y mayores de edad: por cuanto ni antes ni después de su enlace verificado poco más de seis años atrás hayan otorgado capítulos matrimoniales con motivo de no haber aportado ni el uno ni el otro, caudal, dote, ni ninguna clase de bienes; y en atención a que después con el improbo trabajo de ambos, a saber, el primero en su oficio de carpintero y la segunda en su industria de tejedora han logrado alcanzar algún ahorro y adelanto que esperan confiadamente por el mismo aumentar progresivamente los bienes gananciales de la sociedad legal entre marido y mujer (...) dividen por mitad²⁵.

22. 1843, manual notario Maymo, F.: fol. 113. AHPB.

23. 1845 manual del notario Lafont, M.: fols. 154 a 157. AHPB. En este año es donde se produjeron mayor número de pagos de estas dotes. Sin embargo, en cualquier manual de este mismo escribano se pueden encontrar escrituras similares.

24. BUSTO, L.: *La dote en el siglo XIX. Una estrategia social*. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo, Lugo, 1994. pp. 34.

25. 1856 manual notario Arolas, F.: fol. 40. AHPB.

La versatilidad de la dote la hacía muy atractiva en un mundo cuyo objeto primordial era alcanzar y garantizar la independencia del grupo familiar. Además, ese carácter que de reserva tenía impedía que, por ejemplo, las deudas que pudieran llevar a un taller al embargo legal, afectasen al dinero —o valores— dotales.

Sin duda, la existencia de este patrón dotal situaba a la mujer artesana en una posición de mayor responsabilidad en la marcha del grupo familiar (y del oficio) que en otros ámbitos como los burgueses donde la dote se reducía a un papel de emparejamiento de prestigio social. La dote artesana como capital inicial o como *reserva de previsión* permitía el acceso de las esposas de los artesanos a la gestión del oficio, del taller/hogar, y una mayor implicación en el mismo. A su vez, daba cierta autonomía a la mujer menestrala. Mientras el grupo familiar estaba completo el dinero dotal era una aportación de la mujer al grupo y en beneficio del grupo, pero una vez la mujer se convertía en viuda la solidaridad del grupo se volcaba sobre la maestra que se convertía en la garante de la continuidad del oficio en el seno del linaje.

2.—Maestras artesanas: su especificidad laboral

A pesar de todo lo anterior la dote no era la fórmula esencial de inserción de las mujeres en las profesiones artesanas. La mayor parte de las artesanas eran esposas e hijas de artesanos con lo cual su vinculación al oficio era vital. El hecho de que las esposas e hijas de artesanos trabajasen por la independencia del taller/hogar se daba por sentado. Allí donde la creación de un hogar/taller dejó constancia escrita siempre se explicitó el papel de las mujeres del grupo familiar en el mismo. Juan Bertrán al establecer su sastrería especificaba que su esposa, Rosa Bartomeu, *para no gastar dinero en administración llevará la caja y los libros*²⁶. El trabajo de la esposa del maestro no dependía del nivel económico del grupo familiar. Evidentemente entre los menestrales más pobres el trabajo femenino era, esencial y generalmente, manual. En 1852 dos sastres pobres que trabajaban por encargo de comerciantes convenían *mutuamente que sus respectivas esposas no pueden intervenir en la tienda ni en operaciones del establecimiento exceptuando el trabajo de mano que los otorgantes les encarguen*²⁷. En muchas ocasiones el trabajo de estas esposas de maestros pobres ni tan siquiera era remunerado entrando así en condiciones de autoexplotación:

“6º.— Serán mantenidos de los productos de la panadería el socio Mangot,

26. 1846, manual notario Torras Golorons, R.: fol. 262. AHPB.

27. 1852, manual notario Milá, M.: fol. 44. AHPB.

su esposa y familia junto con los dependientes necesarios para aquella fabricación y a estos se les satisfará también de los mismos productos sus salarios o jornales no empero a dicho Mangot ni su esposa o hijos quienes deberán emplear su industria y trabajo en favor de la sociedad sin percibir compensación ni estipendio alguno”²⁸.

El trabajo de las mujeres artesanas no se limitaba a los periodos de desprovisión de varones en el hogar/taller sino que era consubstancial al mundo del trabajo artesano, la única excepción que quizá deba hacerse eran los oficios que eran ejercidos “al aire libre”: albañiles, carpinteros de obra, carpinteros de ribera...²⁹ no participaban en los tajos con sus mujeres. Ello no significa que las esposas e hijas de estos últimos no trabajasen. La mujer y la hija del albañil José Molinas, que no era pobre precisamente ya que era contratista de obras públicas, accionista del ferrocarril y de otras compañías, trabajaron aunque no en el oficio familiar. En 1860 Molinas creó una sociedad con un sastre. Entre las cláusulas de esta compañía Molinas introdujo una según la cual tanto su mujer como su hija estarían bajo las órdenes del sastre como operarias³⁰. Entre los artesanos ricos el trabajo de las esposas se centraba en tareas organizativas y de gestión —a llevar libros y cuentas, como ponía de manifiesto el caso mencionado del sastre Juan Bertrán³¹. La esposa del tejedor de velos Pelegrín Tuyet era la responsable de dirigir el taller de su marido³². O como Paula Dimas Codina hija de zapateros, tanto por parte paterna como materna, casada a su vez con el zapatero Antonio Mallart. Mallart poseyó un taller de calzado al menos de 1823 a 1865. No era una familia pobre pues tenían acciones del ferrocarril y empleaban varios trabajadores en su taller. Paula era la que dirigía el trabajo de los operarios —todas mujeres— mientras que su marido se dedicaba a atender a los clientes. Evidentemente, el hecho de que Paula Dimas fuese hija de zapateros explica su posición en la dirección del taller³³. También fue gestora autóno-

28. 1845, manual notario Roca, J.: fol. 37. AHPB.

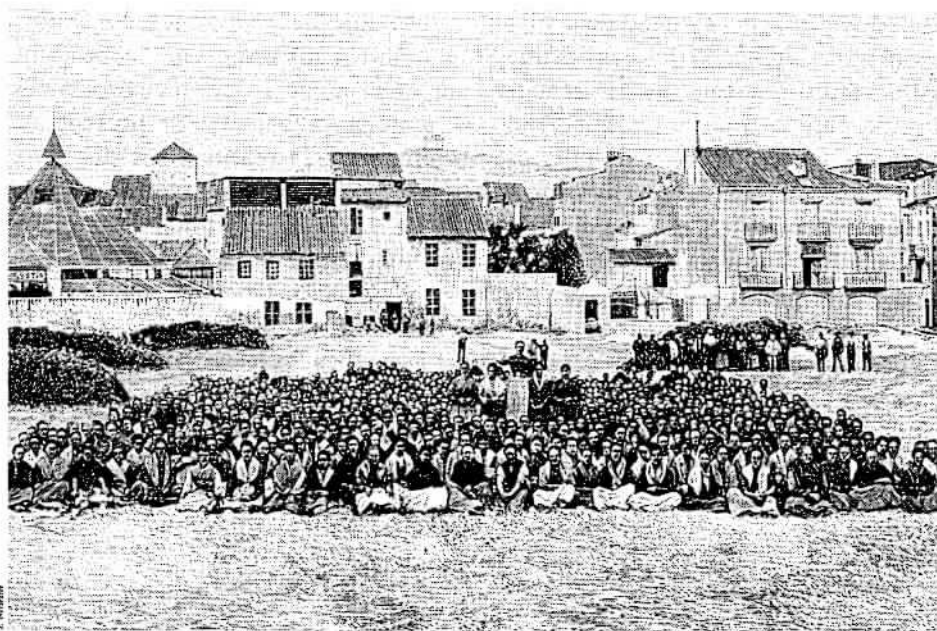
29. Y no únicamente en este tipo de oficios como muestra el caso de la esposa del guantero Esteban Chavanne poseedora de su propio negocio de modista en la Rambla de la ciudad, “Subsidio Industrial de 1860”, AHMB.

30. Manual notario Moreu, F. J.: 1860, Tomo II, fol. 2. AHPB.

31. En el mundo extragremial la presencia de mujeres en tareas de dirección era más que escasa, lo cual no quiere decir que no se diese en alguna ocasión, en particular, en negocios que tradicionalmente se asociaban a tareas femeninas. V. g. en 1853 dos comerciantes crearon un taller de planchado (“la Perfecta Planchadora”) en el que además se realizaban adornos de papel. La dirección de este establecimiento, incluyendo la jornada laboral y la contratación de mujeres —todos los operarios eran mujeres— estaban a cargo de una mujer. Cf. 1853 manual notario Corominas, M.: fol. 389. AHPB.

32. 1852, manual notario Torras, M.: fol. 202. AHPB.

33. 1851 manual notario Andreu, J.: fol. 392. AHPB.



Obreras huelguistas de los talleres de tejido de Igualada. Litografía de José Mestres.

ma de un taller la esposa del peinero (fabricante de peines) Juan Anglada Puig que en 1853 al abrir un segundo taller dejó en manos de su mujer, Antonia Marimón, la responsabilidad del que habían poseído hasta ese momento³⁴. Contrariamente a lo que pudiese parecer los gremios no se oponían a esta gestión femenina. Muchos de ellos en sus ordenanzas regulaban el hecho de que las viudas se hiciesen cargo de los talleres. Y no sólo en las ordenanzas, oficios como los de la seda permitían a las mujeres que regentaban talleres asistir a las reuniones del gremio, lo mismo que los toneleros y sombrereros. Las zapateras, por su parte, aparecen *contratando* aprendices y oficiales en los libros del gremio y por tanto contando con la legitimación de éste último³⁵.

A pesar de las apariencias la gestión femenina de los talleres no era accidental ni pasiva. Es decir, el papel de gestión de la mujer no se limitaba a ejercer de puente entre generaciones masculinas en los momentos en que el taller/hogar se hallaba desprovisto de varones adultos. Los datos del cuadro y la figura 1 pudieran dar la impresión de que la administración femenina de

34. 1853 manual notario Palaudaries, M.: Tomo I, fol. 367. AHPB.

35. "Libro de Aprendices y Oficiales del Gremio de Zapateros". Fondo Corporativo-Gremial. Sección Gremial Particular, Libro 1/116. AHMB.

talleres era circunstancial. No obstante, hay que hacer algunos comentarios respecto a dichas cifras. En primer lugar, no manifiestan tendencia alguna. Ello resulta especialmente llamativo en el caso de la confección: en este sector parece que se produce una corriente a la baja en la presencia de mujeres en la dirección de talleres. Sin embargo, la realidad fue distinta ya que cada vez más se extendieron los talleres de "modista", que no aparecen todos reflejados en el subsidio industrial de 1860 por no tratarse de talleres en la calle. Tampoco en esa contribución hay datos de la seda, donde había una fuerte presencia femenina.

Cuadro 1. Porcentaje de talleres gestionados por mujeres en Barcelona (1823-1860)

| Sector | 1823 | 1838 | 1849 | 1860 |
|---------------------|------|-------|------|------|
| Madera | 8,58 | 5,10 | 6,09 | 0,45 |
| Alimentación | 2,27 | 4,31 | 6,83 | 4,99 |
| Confección | 2,63 | 10,66 | 5,40 | 0,96 |
| Metal/vidrio | 2,98 | 5,08 | 3,82 | 2,06 |
| Piel | 6,77 | 3,09 | 4,39 | 4,30 |
| Química (cera/sebo) | 4,54 | 5,88 | 0,0 | 10 |
| Seda | 0,50 | 1,21 | 3,22 | — |

Fuente: elaboración propia a partir de las contribuciones (ordinarias y extraordinarias) de 1823 y 1838. Subsidio industrial de 1860 y Sauri, M.; Matas, J.: Manual histórico-topográfico, estadístico y administrativo, o sea Guía General de Barcelona dedicada a la Junta de Fábricas de Cataluña, Imp.Sauri, Barcelona, 1849.

De la misma manera, otro aspecto que incide en la disminución del número de mujeres al frente de talleres es el hecho de que las contribuciones, al recoger la titularidad de los operatorios, tomaban el nombre del marido aunque estuviese muerto (o en otros muchos casos se consideraba el de los herederos varones aun siendo menores de edad). Por todo ello, la proporción de administradoras de talleres aparece rebajada respecto a la realidad. De todas formas hay un par de datos que llaman la atención como son el hecho de que en oficios tan *masculinos* como la piel y el metal (asociado el primero a la suciedad de la sangre animal y el segundo al fuego y sus secretos reservados a los hombres) la proporción de mujeres gestoras era de la misma magnitud, o mayor, que en el resto de sectores. Tal vez, la explicación de esta equiparación se encuentre en las propias características de las unidades productivas de estos oficios. Eran de los pocos talleres artesanales que requerían de una cierta inversión productiva, de cierto capital inicial. La necesidad de hornos en el metal y de grandes noques (balsas) en la piel, así como, el relativo valor de las materias primas empleadas (en el caso de la piel una pieza desde que era descarnada hasta que estaba lista para su venta podía pasar perfectamente dos años en la tenería) hacía que estos talleres estuviesen dotados de una cierta *inercia*, por llamarlo de alguna manera, que evitase su

destrucción a la muerte de su dueño. El resto de los talleres artesanos dependían más de las herramientas empleadas que de las instalaciones de capital orgánico.

Aun así, las cifras del cuadro 1 no dicen nada sobre la duración de la administración femenina. Y es justamente en el análisis de la longevidad de la gestión donde se detecta que la dirección femenina de los talleres no era ni accidental, ni conservadora. Miguela Palanca, guanterera y curtidora, rigió el taller de su marido al menos de 1837 a 1862³⁶. En esta última fecha el capital orgánico gestionado por ella era de 2.000 pesetas repartido en dos talleres. Pero además en 1837 aparecía como prestamista, lo cual indica que se hizo cargo de todos los negocios de su marido no limitando su acción a la simple reproducción del taller heredado. Miguela Palanca, cómo no, era descendiente de curtidores y por tanto perfecta conocedora del sector y, sobre todo, con relaciones en el oficio. La cordonera (seda) Eulalia Carreras aparece al frente del mismo taller en 1838 y en 1849 y como Miguela también ejerció labores de préstamo urbano. La esposa del cordonero Manuel Dulcet también rigió su taller de 1835 (fecha de la muerte de Dulcet) hasta 1860, fecha en que su hijo se hizo cargo del mismo. Lo interesante de este caso es que, a juzgar por las cuotas pagadas en las distintas contribuciones, el hijo de Manuel Dulcet recibió un taller en mejores condiciones de las heredadas por su madre. La viuda del cajero Martín Boladeras también estuvo más de diez años al frente del taller de su marido. La viuda del vidriero —alta cualificación en este caso— Ignacio Pujol administró los negocios de préstamo y el taller de su marido como mínimo de 1837 a 1849. Exactamente igual que hizo su colega Rosa Rius. En la mayoría de casos las viudas dejaron los negocios en manos de sus hijos (o herederos) lo cual en sí mismo manifiesta la capacidad y conocimientos de dirección de los negocios familiares en un periodo de profundas transformaciones económicas. Además, su gestión estuvo lejos de ser pasiva o circunstancial: zapateras como Antonia Bonet, Teresa Colominas, Teresa Pachs y la viuda de José Ponellas Pagés contrataron tanto aprendices como oficiales para sus respectivos talleres. No hay que olvidar que la mayor parte de estas mujeres mantuvieron las actividades *crediticias* de sus maridos sin mermar ninguno de los campos de acción de su grupo familiar doméstico. Tampoco fue una gestión circunstancial limitada a mantener lo existente. Panaderas como Mariana Bou o María Mangot participaron en la creación y renovación de una asociación de panaderos para la moltura y provisión de harina a los socios, entrando así en un selecto grupo de horneros de la ciudad³⁷. La vidriero-latonera María Tarafa que llevó los negocios de prés-

36. S/f [1837] "Listado de Prestamistas", AHMB y GIMENEZ GUITET, F.: *Guía Fabril e Industrial de España*, Imp. Plus Ultra, Madrid-Barcelona, 1862.

37. 1844, manual notario Maymo, F.: fol. 5 ss. AHPB.

tamo y el taller de su marido al menos de 1837 hasta pasado 1850 reconvirtió el taller en una tienda de loza con lo que aumentó su tributación en impuestos dejando a su hijo Mateo una tienda de mayor entidad que el antiguo taller paterno. Estrategia similar desarrolló la curtidora anteriormente citada Miguela Palanca. Heredó un taller de guantería que sin embargo reconvirtió en tenería. Con ello se situó en una mejor posición comercial en el sector de la piel al introducirse en los procesos de control de la elaboración de la materia prima. Es resumen, aunque cuantitativamente la gestión femenina de talleres artesanos era poco destacada (en torno al 5 por ciento), su dilatación en el tiempo, así como la eficiencia de la misma, incrementan la importancia cualitativa de la misma, poniendo en cuestión, además, la asunción de la cualificación artesana como patrimonio masculino.

3.—*La maestría silenciosa. Género y cualificación.*

El hecho de que las mujeres fuesen capaces de administrar eficientemente talleres parece estar acorde con la tesis de D.M. Hafter según la cual la cualificación en el mundo preindustrial era una construcción social masculina sin base técnica real.

“Como sugirió Michael Sonenscher, en el mundo preindustrial, la cualificación se encontraba allí donde la gente trabajaba. Los trabajadores no necesitaban una formación muy especializada para usar las herramientas. Muchas técnicas requerían práctica más que conocimientos académicos para hacerlo bien, entonces, para dar a la cualificación una categoría de cualidad especial que pudiese ser monopolizada, los gremios crearon la idea de que el trabajo industrial necesitaba de “secretos” que sólo podían ser aprendidos de los maestros del gremio. De hecho, la cualificación fue a menudo una etiqueta artificial que daba más luz sobre el sexo y el status del trabajador que sobre el producto. En un modelo de trabajo basado sobre el género, el empleo de hombres era rápidamente designado como “cualificado”. Esto en parte se debía a que los hombres estaban automáticamente mejor pagados, y llamar a su actividad cualificada justificaba su mejor salario”³⁸.

Las afirmaciones de Hafter son un resumen de tesis similares algunas de las cuales aparecen recogidas en el trabajo que ella misma edita y otras

38. HAFTER, D. M.: “Women who wove in eighteenth Century silk industry of Lyon”, en HAFTER, D. M. (Ed.): *European Women and Preindustrial Craft*, Indiana University Press, Indianapolis, 1995. pp. 44. (traducción propia).

provinientes de otros estudios³⁹. Una primera cuestión a plantear es lingüística. Estos trabajos escritos en inglés utilizan la palabra "skill" que alude tanto a cualificación como a especialización sin discriminar ambos términos. En dicho idioma "skill" indica pericia algo característico tanto de trabajadores cualificados como de obreros especializados, dos tipos de trabajador que no tienen nada en común. Por un lado, el operario cualificado era aquel trabajador preindustrial que conocía y era capaz de realizar todo el proceso de elaboración de un producto⁴⁰ hecho que, en última instancia, le capacitaba para adquirir la autonomía plena como productor independiente. Por otro lado, especialización se refiere a lo contrario, a aquellos trabajadores hijos de la revolución industrial cuyo conocimiento, por difícil que éste sea, se limita a un fragmento concreto del proceso de producción industrial moderno. Su desconocimiento del proceso total hacía imposible que tan siquiera aspirase a instalarse como pequeño productor. Las diferencias entre estos dos tipos de trabajo iban más allá implicando modelos sociológicos distintos emanados de esa capacidad para llegar a la independencia total. Los ejemplos tomados por Hafter para demostrar su tesis corresponden a trabajadores especializados. Por una parte, los tejedores de seda de Lyon que ya desde el siglo XVIII empleaban maquinaria y cuyo trabajo, aunque muy complejo, se limitaba al tejido de piezas a destajo para *merchants* que controlaban la mayor parte del proceso de producción⁴¹, y por otra al desmontado mecánico del lino, también necesitado de destreza, pero limitado a una sección muy concreta del procesado total del lino. Es verdad que trabajos especializados como estos precisaban destreza pero no es menos cierto que ésta era pequeña comparada con oficios que debían *levantar* todo el producto desde que llegaban como materia prima hasta que estaba acabado como *mercancía* y que, por tanto, implicaban conocimientos vinculados a la planificación y a la gestión de la producción. Estos dos mundos del trabajo dieron lugar a dos modelos distintos de proletarianización. Mientras los obreros especializados, cuyo trabajo era

39. JONSSON, I.: "Women Flax Scutchers in Linen Production of Hälsingland", en HAFTER, D. M. (Ed.) *Op. cit.*, pág. 16-30. C. Lis y H. Soly ya expresaban esta idea de la variabilidad profesional de la cualificación, cf. LIS, C.; SOLY, H.: "'An Irresistible Phalanx': Journeymen Associations in Western Europe, 1300-1800", *International Review of Social History Supplement*, num. 39, 1994, pp. 17.

40. Según M. Alcaide trabajador cualificado sería aquel cuyos "roles de trabajo diseñados de manera tal que su titular puede adoptar, sin prescripciones externas, el comportamiento profesional exigido: roles con una mayor discrecionalidad; roles, por tanto, con una mayor capacidad de afrontar y absorber la incertez; con una mayor capacidad de adaptación a circunstancias de trabajo cambiantes" ALCAIDE, M.: *Las nuevas formas de organización del trabajo. Un análisis sobre su viabilidad*, Akal, Madrid, 1982, pp. 14.

41. Respecto a estos trabajadores cf. MOISSONNIER, M.: *Les Canuts. "Vivre en travaillant ou mourir en combattant"*, Messidor, París, 1988. En particular los primeros capítulos dedicados al estudio de la organización de la producción sedera en Lyon.

ya una mercancía, luchaban por conseguir el *valor* más ventajoso para ésta los trabajadores cualificados luchaban, todavía, por el control del trabajo.

Por otra parte, no se puede aceptar sin crítica la afirmación de que el trabajo cualificado era una definición social —no laboral— sin base técnica. Es cierto que la cualificación era una construcción social. Hubo muchos oficios barceloneses, como los de la construcción, o la carga y descarga portuaria, que mantuvieron su estructura de oficio gracias a la existencia de gremios o asociaciones que *justificaban* su especificidad laboral amparándose en mecanismos monopolizadores del trabajo o en supuestas dificultades del oficio. Pero estos gremios no eran mayoritarios: los oficios de la madera, del metal, del vidrio o de la piel, necesitaban de conocimientos tanto técnicos como prácticos⁴². Los gremios barceloneses no se caracterizaron tampoco por un excesivo celo en sus “secretos”, de hecho trabajaban prácticamente en la calle a la vista de todos los ciudadanos. La oposición generalizada de los artesanos —sobre todo pequeños maestros y oficiales— al empleo de mano de obra femenina, se basaba en la experiencia real de que el empleo de mujeres significaba degradación del oficio y con él de las condiciones de trabajo (no sólo se opusieron a la introducción de trabajadoras —no así de maestras— sino también a la destrucción del aprendizaje o al uso de hombres ajenos al oficio). La introducción de mujeres trabajadoras significaba la implementación de nuevas fórmulas de división del trabajo y por tanto la destrucción del proceso productivo como una unidad que los trabajadores podían controlar y aprender a administrar. Un ejemplo, en 1790 el sombrerero Biosca levantó su taller en el que empleaba además de un maestro, a 14 oficiales sombrereros, a 3 cardadores y a 24 mujeres. Tanto los cardadores como las dos docenas de mujeres trabajaban en tareas de acabado de los sombreros. Para controlar a las mujeres Biosca contrató un mayordomo, sin embargo, ni los cardadores —a pesar de dedicarse también al acabado del producto— ni los oficiales estaban bajo la supervisión del capataz... pero era una cuestión de tiempo. Por esta razón el taller de Biosca fue acosado por el gremio de sombrereros —presionado por sus oficiales y pequeños maestros⁴³. Históricamente para los trabajadores cualificados la introducción de

42. Por ejemplo, hacia mediados de siglo la calidad del acero, incluso el de las nuevas factorías de la Ciudad Condal, dependía de la pericia de los fundidores que al tacto de sus barras de mezcla podían determinar y controlar la oxigenación del metal en el horno. Cf. RONQUILLO, J.: *Diccionario mercantil, industrial y agrícola*, Ed. Taulo, Barcelona, 1851, 4 vols. pp. 50, Tomo I. Por poner otro ejemplo: los cerrajeros de la ciudad enseñaban a sus aprendices y oficiales, además de forma permanente, dibujo técnico y diseño de máquinas. Para ello impartían clases nocturnas organizadas por el mismo gremio. cf. 1854, manual notario Pich, F.: fol. 17 ss. AHPB. Reunión del gremio de cerrajeros para renovar los cargos de dicha escuela.

43. 1790. Fondo Corporativo-Gremial. Sección Junta de Comercio, Caja 16, leg. 1. AHMB.

trabajadoras en el taller significaba la precarización del oficio, la aparición de controladores —en el moderno textil los capataces entraron para controlar a las hiladoras y a los niños anudadores—, la implementación de nuevas formas de división del trabajo, la pérdida de parte del control del trabajo, y la ruptura de la unidad del proceso de producción.

En este sentido, los gremios erigieron la cualificación como una herramienta artificial para construir un mundo del trabajo diferenciado y restringido. Crearon la idea de profesión y la crearon de forma sexuada⁴⁴. Sin embargo, ello no significó la separación de las mujeres de los oficios, sino que fueron supeditadas a los intereses del grupo familiar/profesional. Extraoficialmente, y como algunos casos citados más arriba de forma oficial también, muchas mujeres compartieron los oficios de sus maridos —que habitualmente eran los de sus padres⁴⁵. El trabajo de las esposas de los maestros —y de sus hijas— estaba generalizado en el mundo artesanal barcelonés y formaba parte del proyecto grupal, no obstante, como en el mundo campesino coetáneo, era trabajo subalterno y dependiente. A diferencia de éste último, sin embargo, la mujer podía llegar a la independencia mediante la gestión directa, después de un *aprendizaje silencioso*, del taller/hogar y en ese momento como dueña absoluta tomaba también el papel de patriarca del grupo familiar de oficio⁴⁶.

De esta forma, las mujeres *maestras* —o *amas* como las conocían entonces— se insertaban en un modelo de acción vital distinto tanto del burgués como del obrero. Trabajaban en los talleres artesanos tanto si se trataba de humildes operatorios como de prósperas fábricas. Entre las familias artesanas mejor establecidas su papel acostumbraba a ser el de gestión, administración y en muchos casos de dirección. La aportación de una dote servía de ayuda a la creación de residencias (hogares/taller) neolocales independientes y les implicaban más en la suerte de los negocios familiares. A la muerte de sus maridos —o por ausencias de éstos— regentaban los talleres/hogar, y como hemos visto, con demostrada eficiencia, cualidad que pone en evidencia, no que el trabajo artesanal no fuese cualificado, sino que estas mujeres descendientes y ascendientes del oficio desarrollaban un *curriculum oculto*, o al menos no oficial, de aprendizaje profesional. La burguesía, por el contrario, estaba disociando paulatinamente el mundo productivo del mundo reproductivo

44. DAVIDOFF, L. ; HALL, C.: Op. cit. , pp. 12 y 204.

45. Parece que este curriculum oculto no fue exclusivo de las artesanas barcelonesas. Cf. APPLEBAUM, H.: *The concept of work. Ancient, Medieval and Modern*, State University of New York Press, Albany, 1992. pp. 276.

46. BENITEZ, R.: "Familia y transmisión de la propiedad en el País Valenciano (siglos XVI-XVII). Ponderación global y marco jurídico", en Chacón, F.; Hernández, J.: *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Anthropos, Barcelona, 1992. pp. 53. Al menos jurídicamente así sucedía en la corona de Aragón.

recluyendo a sus mujeres en sus gineceos, y reservándolas para funciones de prestigio y representación. Por su lado, y si son correctas las conclusiones de Enriqueta Camps⁴⁷, las maestras artesanas estaban más vinculadas al trabajo productivo de lo que lo estaban sus compañeras obreras. Nacían en entornos en los que producción y reproducción no estaban definidos mientras que, las obreras fabriles se movían en esferas nítidamente acotadas: hogar y fábrica eran mundos totalmente separados. Además para la maestra artesana, a diferencia de la obrera, el ciclo profesional abarcaba, prácticamente por completo, su ciclo vital: desde su nacimiento vivía en el seno de un oficio que no abandonaba hasta su muerte. Por razones totalmente distintas tanto el mundo burgués como el mundo obrero acabarán rompiendo la indefinición de espacios (productivo/reproductivo, vital/laboral), hecho que a largo plazo favorecería la parcelación de la actividad del grupo y con ella la fragmentación sociológica del grupo familiar, mientras que el mundo artesano mantuvo (retuvo) la *confusión* entre espacios y tiempos vitales y laborales, entre oficio y familia, entre profesión y linaje, reafirmando el concepto de grupo familiar-profesional.

47. Según esta autora las mujeres obreras de la naciente industria textil tan sólo trabajaban en casos de gran necesidad —tras pasar la frontera de los 30 años— fuera del domicilio. CAMPS, E.: *Op. cit.*, pp. 171.